

CAPÍTULO 1. El Taller

Ahí va, camina entre la gente, apenas es capaz de escuchar sus propios pasos en una calle iluminada no se sabe si por el sol o por los múltiples comerciales de los paraderos; suenan cláxones matutinos, la gente grita neurótica dentro y fuera de los autos, unos ofreciendo comida, objetos y otros mentando madres desde muy temprano, las puntas de los zapatos suenan al chocar contra la banquetta, son pequeñas hormigas trabajadoras que no paran, se huelen y se llaman con las antenas, pero no se tocan; ahí va Jade, perdiéndose a diario en entre ese maremágnum, intentando ser gris en una ciudad que vomita colores. Jade vive envuelta en piedras de cristal, delicadas sedas, colores brillantes y texturas que danzan exóticas por las paredes; acompañada siempre por los maniqués del taller. Desde pequeña ha desarrollado el tacto, sus caricias se han vuelto delicadas y precisas, sus manos se han vuelto un arma mortal cuando tocan la piel ajena. Por eso vive recluida siempre, buscando trabajar todos los días a todas horas con agujas e hilos. Amante de los detalles, busca vestirse del color de la calle para mimetizarse con ella, para tomar y devolver lo que la vida le da y le quita todo el tiempo, intenta reproducir esa histeria en su vestimenta diaria, la cual remata con acentos verdes en los que evoca un poco del aire fresco que siempre le hace falta a la ciudad. Jade es una chica cualquiera, con un trabajo extraordinario. Es diseñadora de disfraces para una tienda transnacional, sueña con ser blogstar pero apenas tiene tiempo para escribir en línea, desarrolla mientras una tienda virtual para vender sus diseños “pret a porter”, aunque entre tantos retazos de tela, el tiempo pasa rápidamente ante sus ojos. El taller de la fábrica es el búnker donde se resguarda de la guerra que pelea contra ella misma. Ciento veinticinco escalones cuenta desde que la recibe una línea azul que la lleva al fondo de la tierra, paradas a fuerza y parada a fuerza; tras bajar del gusano de seda naranja, regresa desde el subsuelo y sube unas escaleras hasta la superficie de ese inmenso, oloroso y siempre ruidoso jardín al que llaman Ciudad de México. Para llegar a su destino, Jade camina varias cuadras más hasta la calle de Fresas, situada en el corazón de un barrio bohemio, ahí, se siente arropada por las copas de los árboles en pleno invierno; traza su camino entre montones llenos de pequeñas hojitas crujientes que arrullan y la hacen sentir como en casa, al igual que su saco café de pana, el cual la mantiene abrigada, y al final del recorrido matutino, feliz toca el timbre para que la dejen pasar al taller de la fábrica. Servando es el portero, un chico bromista que a veces peca de ingenuo; su figura regordeta y cachetes rosados por el frío, el calor de su taza de café y el azúcar en los labios de la concha y dos tamales que se come todos los días, la saludan religiosamente al abrirle la puerta.

-Buenos días, señorita Jade.

Jade sonríe con el corazón y regresa el saludo.

-Hola Servando, buen día, ¿Listo para comenzar?

-Claro señorita-, contesta el joven mientras observa en su pequeña

caseta, una cascada de imágenes verde esmeralda alineadas horizontal y verticalmente; pantallas apiladas una sobre otra le permiten desde ahí, husmear en los espacios más recónditos del lugar.

Jade da ocho pasos como máximo, sube unas anchas escaleras de fría piedra gris que a veces guardan hojas secas y amarillas entre ellas, dan la sensación de que los escalones crujen y se quiebran al irlos pisando.

El recibidor, alfombrado y con una luz tenue color vainilla, indica que ha llegado a su destino. Un mueble de madera comprimida barnizado, con filos azules y láminas de acero, apenas deja ver la cabeza de Doña Rosita, la secretaria, ella es lo primero que uno mira cuando entra a las oficinas.